

Comités Universitarios de Bioética

Problemas complejos y toma de decisiones

Gilberto Cely Galindo*



La investigación científica, especialmente con seres humanos (tanto en aspectos clínicos como sociales), y aquella que tenga impacto ambiental, ha sido motivo de serios cuestionamientos morales, desde 1970, cuando Van Rensselaer Potter, bioquímico investigador del cáncer, de la Universidad de Wisconsin-Madison, USA, introdujo el neologismo Bioética en el mundo académico. Esta nueva disciplina universitaria, nació como un reclamo ético mundial, en defensa de todo tipo de vida, ante los innumerables e irreversibles daños que el hombre ocasiona al hombre y al medio ambiente, en nombre del desarrollo tecnocientífico. Estos son problemas complejos. La solución requiere del concurso de varias inteligencias con buena voluntad y de métodos expeditos para el análisis y toma de decisiones éticas.

En muchas universidades, la Bioética se enseña como una asignatura que forma parte del currículo de pre y postgrado, especialmente de las ciencias de la salud y de los saberes humanísticos. Las universidades de mayor calado cuentan con Institutos de Bioética, investigaciones propias, publicaciones, extensa bibliografía al respecto, y comités de Bioética para la investigación científica.

Las ciencias y las tecnologías, unidas en una sola realidad llamada tecnociencia, cada vez más penetran en el mundo biofísico, no sólo para conocerlo conceptualmente, sino para transformarlo y apropiárselo. Esta intervención tecnocientífica sobre la naturaleza, (¡naturaleza de la que formamos parte sustantiva y somos su conciencia!), despierta insaciables esperanzas de bienestar, de calidad de vida, a la vez que dispara muchas alarmas éticas sobre los posibles riesgos que amenazan de muerte al hombre, y a todos los organismos que pueblan la faz de la Tierra. Mencionemos dos ejemplos al respecto:

Primeramente, en el campo de las ciencias biológicas y su hija más promisoría, la genómica, el conocimiento científico y tecnológico ha avanzado en forma sorprendente hacia ambiciosas realizaciones eugenésicas. A partir de 1953, con el descubrimiento de la doble hélice de la estructura del genoma, realizado por Watson y Crick, y en el 2001, cuando se anunció al mundo la proeza del mapeo y secuenciación del genoma humano, se han creado todo tipo de expectativas diagnósticas y terapéuticas, para erradicar más de cuatro mil enfermedades de origen genético.

Las ciencias médicas entonces, centran su atención en lo molecular, husmeando el secreto de la vida en las "células madre" (stem cells), tanto adultas como embrionarias, así como en la clonación, procreación humana asistida, ceno-transplantes, inteligencia artificial, entre otros. Los más ambiciosos planes de salud total, de eterna juventud, de "medicina del deseo"

(atención médica a los deseos estéticos y hedonistas), de longevidad sin límites, de reanimación, de procreación a la carta, de control natal, de diagnóstico embrionario pre-implantatorio, de crio-preservación de gametos, embriones, órganos y cadáveres, de donación y trasplante de órganos, entre otros, vienen a constituir la "cara limpia de la eugenesia", que ha pasado por momentos históricos con muy mala fama. Y presentada de manera fina y elegante, para superar todo tipo de escrúpulos, la "eutanasia" quiere también tener asiento en la eugenesia, por aquello que "lo que no sirva, que no estorbe".

Además de la genómica humana mencionada, mucho más adelante van los trabajos de ingeniería genética en animales, microorganismos y vegetales. Los famosos "transgénicos" rompen las fronteras territoriales, mentales y morales. La economía de mercado se encarga de transgredir cualquier resistencia ética a la eugenesia humana, y a la que aplicamos a la biota natural.

Desde el punto de vista biológico, lo que se puede hacer en animales, especialmente en mamíferos, es también realizable con los seres humanos, sin que la tecnociencia se detenga previamente a reflexionar sobre los aspectos éticos que orientan la acción en unos y otros. Más todavía, se parte del falso supuesto de que lo que sea tecnocientíficamente posible, es éticamente deseable. Esta premisa estará, con toda certeza, fastidiando la paz eterna del filósofo Emmanuel Kant, y de todos sus colegas eticistas, que nos legaron su sabiduría para avanzar en el proceso de humanización, es decir, para ser cada vez mejores seres humanos, más dignos, más justos y constructores de una sociedad bien avenida.

Un segundo ejemplo lo tenemos en las bondades y riesgos de las ciencias físicas y bioquímicas. Todos estamos muy agradecidos con el prodigioso progreso de los medios de comunicación social (televisión, radio, cine, telefonía celular, Internet, entre otros); el Estado invierte sumas cuantiosas en infraestructura de alta ingeniería, para facilitar el bienestar económico y social (carreteras, puentes, represas, plantas de energía eléctrica, acueducto, alcantarillado, aeropuertos); disfrutamos de transportes cada vez más rápidos, eficientes, seguros y confortables (automóviles, trenes, barcos, aviones); las actividades laborales gozan de mejores mediaciones instrumentales para mayor eficiencia y productividad, desde poderosos computadores en red hasta las maquinarias y herramientas más sofisticadas en oficinas e industrias; tenemos mejores viviendas, dotadas de todo tipo de aparatos electrodomésticos; los supermercados rebosan de ofertas de alimentos

enriquecidos con vitaminas, minerales y proteínas; las tiendas lucen en sus vitrinas gran variedad de textiles y confecciones para todos los gustos de la moda; los hospitales y las farmacias se dotan de increíbles recursos quirúrgicos y de medicamentos para atender la salud pública; la educación lucha contra el analfabetismo y se esmera por formar ciudadanos en todas las áreas del conocimiento y profesiones técnicas; en fin, por doquier encontramos la presencia silenciosa de las ciencias físicas y bioquímicas aportando soluciones a los problemas humanos.

Detrás de estos y muchos otros beneficios, de los cuales damos gracias a Dios, por habernos dotado de inteligencia y libertad para continuar su obra creadora, se esconden innumerables riesgos para el hombre y la casa terrenal. Sentimos vulnerada toda privacidad por la invasión de los medios de comunicación social. Presenciamos, con asombro y temor, la manipulación de la vida y de su entorno abiótico, hasta el punto de estar en las manos de los científicos la capacidad de actuar sobre el planeta, y hasta el universo, para tratar de mejorarlo, o simplemente modificarlo y aún para destruirlo y destruirnos. Tenemos tendencias ecodidas y suicidas. Actuamos demencialmente y con perversidad siempre que llevamos nuestra inteligencia a producir armas de destrucción masiva, sean atómicas, químicas o biológicas. Pensamos equívocamente que el planeta Tierra dispone de inagotables recursos naturales que podemos utilizar hasta el derroche, y el consumismo más insaciable de unos pocos, en perjuicio de una inmensa mayoría de gentes pobres a quienes las estructuras injustas del mercado los margina de bienes y oportunidades. Sabemos, sin lugar a dudas, que con nuestras industrias contaminamos el hábitat con detritus químicos, radiactivos y biológicos que destruyen la biota, pero poco o nada hacemos para evitarlo. No paramos de emitir CO² a la atmósfera, el cual genera el "efecto invernadero" que trae recalentamiento global, de consecuencias nocivas para la sustentabilidad de la vida. Y al final de un largo etcétera, de gigantescas torpezas de nuestra mente ilustrada, nos exponemos y exponemos a todos los seres vivos a la nefasta radiación solar ultravioleta, por causa de las emisiones que hacemos de gases clorofluor-carbonados que debilitan la capa de ozono.

**Docente e investigador
Director del Instituto de Bioética de la
Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
E-mail: gcely@javeriana.edu.co*